

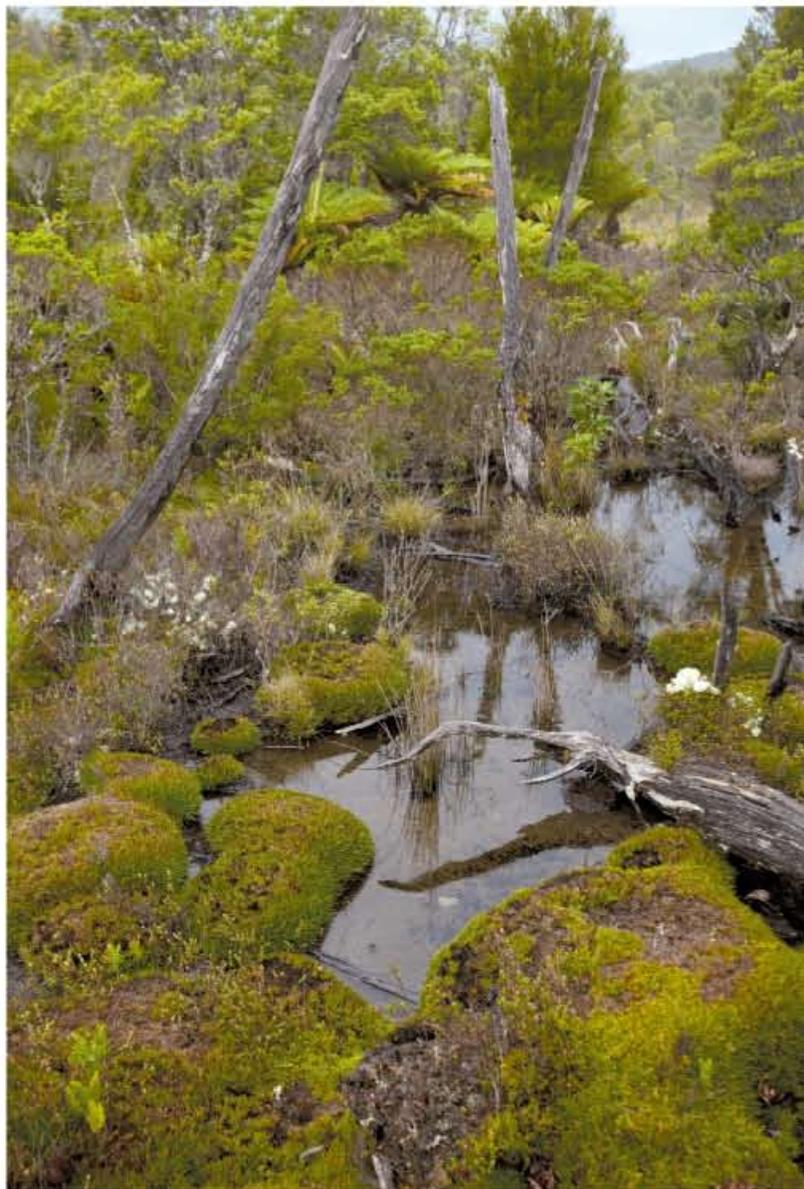
A lush, moss-covered forest scene. In the background, a wooden cabin with a gabled roof is partially visible through the dense foliage. The foreground is filled with various types of moss and ferns hanging from tree trunks and branches. The lighting is soft and dappled, creating a sense of a hidden, magical place.

LIPPI TANTAUCO EXPLORATION RACE

UNA APASIONANTE AVENTURA

Al sur de Chiloé hay un parque de una belleza casi sobrenatural. Ese lugar fue el escenario de una competencia para verdaderos exploradores. Una experiencia para no olvidar.

TEXTO Y FOTOS: RONNY BELMAR



Eran ya pasadas las 10 de la noche cuando caminábamos por el sendero de un pequeño bosque rumbo al muelle donde comenzaban a llegar los primeros competidores luego de una larga jornada, que se había iniciado a las ocho de la mañana. Recién la lluvia había cesado y las nubes comenzaban a disipar, lo que permitía apreciar las sombras de los árboles, proyectadas por una formidable luna llena.

Llegamos la noche anterior al Parque Tantauco, en el extremo sur de la Isla Grande de Chiloé, tras un viaje interminable en avión, bus y barcaza, casi 17 horas en total.

Las primeras horas en el campamento en el lago Chaiguata, con mucho frío y lluvia, serían el presagio de lo que fueron todas las siguientes jornadas: agua, mucha agua, cayendo desde el cielo, corriendo por ríos, por el suelo, por todas partes. La ropa impermeable se convertiría en nuestro mejor aliado; quien no la tuviera, no lo pasaría nada de bien.

La Lippi Tantauco Exploration Race es una carrera para grandes competidores, que consiste en recorrer un trazado en el que a los participantes se les indica una serie de puntos a los que deben llegar en el extenso parque, y marcar su paso en una pequeña tarjeta o pasaporte de control.

La dificultad consiste en que los puntos se encuentran en medio de la nada, señalados solamente por una bandera y en el que no existen senderos ni rutas. Son los mismos corredores quienes deben hacer su propio camino, premunidos apenas de un mapa y una brújula. Acá no existe el dispositivo de posicionamiento satelital ni ningún otro instrumento de orientación, por lo que extraviarse resulta más probable que lo que cualquiera pudiera imaginar.

Eran quince duplas que competirían por completar la travesía de tres días. Al final de la competencia tan solo tres parejas lograron hacer el circuito completo, algunos debieron abandonar la carrera por accidente, como le ocurrió a la pareja de Argentina, uno de cuyos integrantes sufrió fractura de tibia y peroné.

A todos los competidores se les entregó una radio, que debían llevar apagada y que solo encenderían cuando decidieran abandonar la carrera o bien cuando necesitaran ser rescatados, lo que implicaba que ya no podrían seguir compitiendo. Junto a ello, se les facilitó un dispositivo (el que también debía ir apagado) que emite una señal que es recibida en el campamento central, para permitir su ubicación y, de esta manera, poder enviar el zodiac o el helicóptero, dependiendo de la condición geográfica donde se encontraran los deportistas.

La tenacidad de las duplas en competencia aportó una serie de anécdotas, dignas de comentar, como la de una pareja que estuvo extraviada dos días y de la cual no se tenía ninguna noticia. Ante la preocupación de los que no conocíamos este tipo de competencia, hablamos con el administrador del parque, quien nos señaló que para él, en circunstancias normales, tener dos personas extraviadas al interior del parque era una situación de extrema gravedad. Sin embargo, los organizadores de la carrera nos explicaban que si no teníamos noticias de los equipos perdidos era porque, pese a estar desorientados, no querían ser rescatados, pues aún abrigan la esperanza de que con la luz de la mañana podrían encontrar los puntos de control y de esa manera seguir compitiendo, una cosa de locos para los seres humanos comunes y corrientes, sobre todo cuando nos enteramos de que pese a la persistente lluvia, los corre-



Bajo el húmedo bosque, se forma uno nuevo y diminuto, repleto de brotes, musgos y líquenes.



La dupla mixta de competidores escoltada por un grupo de toninas.



dores portaban –los más preparados– un pequeño saco de dormir y los menos, con apenas unos pantalones cortos, pues habían considerado que la primera jornada no sería de gran dificultad.

Tan solo imaginar a los corredores durmiendo en medio del bosque, mojados por completo luego de largas horas de bicicleta, kayak en el mar y trekking, y con escasos alimentos, hacía pensar en el coraje y valentía de aquellos aventureros.

Una inmensa alegría se apoderaba del campamento cuando llegaba el helicóptero con alguna de las duplas que finalmente decidía pedir rescate. En ese momento, todos los que estábamos secos, abrigados y muy bien alimentados en el campamento central, corríamos ansiosos al helipuerto a recibir a estos tremendos héroes deportivos y a constatar también en qué condición física llegaban. Más de una vez me sorprendí de la entereza y sonrisa con que desembarcaban los rescatados.

En ciertos tramos de la carrera pudimos seguir por algunos momentos a los competidores, en camioneta, lanchas o helicóptero, de modo tal de traer un buen registro en imágenes de la aventura. De esta manera nos fuimos dando cuenta de la extensión del parque y de la belleza sobrecogedora de los distintos paisajes. En las noches, y junto al calor de los leños ardiendo en el fogón, comentábamos extenuados lo largo del día, lo agotador de los traslados y el frío y la lluvia que no nos abandonaba y no podíamos más que pensar en que nuestra situación era como un hotel cinco estrellas en relación a los competidores.

Probablemente ninguno de nosotros comprendía a cabalidad las verdaderas motivaciones que llevaban esos hombres y mujeres a aceptar tamaño desafío. Eso, hasta que al equipo de prensa se le hizo

una invitación a participar en un pequeño tramo del diseño de la ruta contemplada para el último día. Así fue como algunos nos motivamos y otros hicieron sus cálculos y decidieron no participar.

La competencia en cuestión era apenas una muestra de lo que realmente significaba recorrer esos infernales “caminos”. Serían algo más de cinco kilómetros, que contemplaba trekking y kayak, en las mismas condiciones que los verdaderos corredores, esto es, un mapa y una breve charla de orientación. Algunos periodistas y camarógrafos hicieron rápidamente duplas, y otros que andábamos solos fuimos gentilmente apadrinados por sendos competidores que ya estaban desligados de la carrera.

En mi caso, me correspondió hacer dupla con la buenamoza y experimentada corredora costarricense, quien desde el primer momento supo que la tarea no sería nada fácil. Así pues comenzamos con un breve trekking, seguido por un par de horas de kayak, en que debíamos encontrar los puntos de control perdidos en el interior de algunas islas. Lo mejor de mi participación fue lograr ubicar dos de los tres banderines en que debíamos marcar... Lo peor fue que llegamos en el último lugar. Pese a ello, recibí palabras de buena crianza por haber completado el circuito en su totalidad.

Entre las anécdotas imborrables se encuentra aquella en que remando por el borde del lago debíamos encontrar la desembocadura de un pequeño río y remontar en él algunas decenas de metros. El problema es que el lago estaba completamente cubierto por unos juncos lo suficientemente altos y tupidos como para impedir la visibilidad de la desembocadura, lo que hacía una navegación casi a ciegas, además de la dificultad que implicaba remar y avanzar entre tanta vegetación. En un momento, cuando ya iba-



La bellísima flor del coicopihue se encuentra en abundancia en el parque.

mos río arriba, nuestro kayak se quedó atorado en un tronco sumergido que no visualizamos. La única opción fue descender del bote con el agua hasta los hombros y arrastrar el kayak los metros suficientes para sacarlo de la zona de los troncos. Fue mi bautizo en estas lides. Otra anécdota que fue muy comentada es la de una periodista que trotando en una de las islas detrás de su guía, de pronto sencillamente desapareció, pues el terreno donde se encontraban es conocido como “turberas”, una suerte de esponja vegetal que absorbe muchísima agua de las lluvias y que puede llegar a tener una profundidad de un par de metros. Al pisar sobre este terreno es muy fácil hundirse y mojarse hasta la cintura. El problema es que en ciertas ocasiones bajo esta superficie hay viejos troncos que pueden provocar más de una lesión.

Pero no se deben espantar los futuros visitantes del parque, porque este, además de su belleza, cuenta con senderos debidamente

señalizados para que cualquier familia pueda recorrerlo con agrado y seguridad, gozando además de la posibilidad de avistar su maravillosa flora compuesta de grandes helechos, bosques de Ciprés de las Guaitecas, musgos y líquenes, la bellísima flor del coicopihue y animales como la ranita de Darwin, el monito del monte, el enigmático pudú y el casi desconocido huillín.

El parque cuenta con oficinas de información en Quellón y en Santiago, donde es posible conocer y preparar los circuitos más apropiados para cada visitante. Asimismo, en su interior hay suficiente infraestructura como domos, refugios y sitios para acampar, debidamente equipados con baños y cocinas, de modo que la visita a este lugar sea una experiencia amable e inolvidable, reservando solo para los competidores de alto rendimiento la increíble aventura Lippi Tantauco Exploration Race, que en su segunda versión reveló ser una competencia única a nivel mundial. ■